



CHOFCHAVEN desde la terraza del  
Hotel "Andaluz"  
MIGÁ MORÁN 2.010 MAYO...



## Magda Eunice Sánchez.

*Varios auroras*  
Editorial Galería Guatemala  
Guatemala, Centroamérica, 2013.  
páginas 182.

---

*Comentario de*  
**Guillermo Monsanto**

---

Cuando el director, Rafael Gutiérrez, de la Revista USAC me solicitó que hiciera una crítica del libro de Magda Eunice, mismo en el que yo había escrito algunos párrafos, lo vi como una magnífica idea. Al pensarlo mejor me di cuenta que el encargo representa otro nivel de compromiso con la desaparecida y al mismo tiempo una responsabilidad de profundidad ética con los otros autores. Por lo tanto la tarea, luego de pensarlo mejor, se hizo cuesta arriba porque estos investigadores son, todos, referencias obligadas en el imaginario cultural del país.

Escribir un libro sobre un creador fallecido es un adeudo muy grande y a veces arriesgado. Allanar en el corazón de la obra de un autor desde la perspectiva filosófica (o la personal) rendirá resultados variados pero no necesariamente exactos. Puede ser una ficción porque los responsables asumen contextos que muchas veces están lejos del pensamiento real del

productor y lo que éste quiso expresar ¿Realmente se conoce inequívocamente el alma de un artífice como para penetrar en su esencia? Las disquisiciones de los analistas sirven, sin embargo, para hacer un árbol conceptual que permita a los profanos escanear la obra –y un poco la vida del o la protagonista– con fundamentos que les ayude a mejorar su percepción.

Por otro lado un libro de arte en Guatemala siempre será un aporte invaluable para entender y adentrarse en «ese» universo que sigue siendo un abstracto para los no iniciados. No importa si éste es una presentación de lujo conocida como *coffee table* que difícilmente va a llegar a las manos más populares y sólo a posibles

interesados en ese mundo misterioso de instruidos en la materia. Tarde o temprano aterrizará en una biblioteca y a partir de ese momento comenzará la disección de sus contenidos que siempre servirán de consulta para generar nuevas ideas.

Para hacer el acercamiento realicé una actividad que ninguno de los autores tuvimos oportunidad de realizar cuando escribimos nuestras semblanzas: leer el libro de pasta a pasta, incluidos mis textos y como premio, gozarme todas las láminas que lo ilustran. La primera conclusión

que saqué fue que todos los involucrados conocimos a Magda desde diversas perspectivas y por ende, todos hablamos de ella y su trabajo desde nuestra experiencia y contacto con sus ideas –de primera o segunda mano–. Ejercicio que genera un matiz de verdades y suposiciones que mimetizan a la mujer real pero que definen, de una manera u otra, a la artista que trascenderá en la historia. Hoy Magda Eunice es la que los escritores percibimos y la que nosotros proyectamos para el futuro.

¿Son las metáforas una buena manera de abordar a una autora cuya obra es meramente metafórica? Magda dijo en una entrevista en 1998: «Pinto por el gusto de pintar y nada más» y de hecho sus representaciones apuntaron siempre hacia una simplicidad emocional preocupada más por el desempeño estético que por las temáticas abordadas. La soltura comprendida como una ejecución gestual que componía imágenes diversas desde una memoria personal. El documento, definitivamente, está confeccionado por «entendidos» que la admiramos en vida y que respetamos siempre, algunos con devoción, sus dictámenes.

Muchos coincidimos en repetir que en la pintura, o al menos en el dibujo, era autodidacta. Sin embargo, luego de leer a Roberto Cabrera, surgen algunas preguntas ¿alguien que se forme en la Facultad de Arquitectura de la USAC y al mismo tiempo en la Escuela Nacional de Artes Plásticas puede no contaminar sus derroteros expresivos? Más si lo primero que el público conoce de ella fue producido precisamente en ese lapso, durante los años sesenta, y no se da el caso de contar con antecedentes a la vista como lo fue el caso de Efraín Recinos.

¿Acaso no se reciben clases de dibujo como herramienta en la carrera de arquitectura? En realidad y pese a lo anotado en mi propio artículo –que ella se alejó de su tío con intencionada contundencia– ¿no pudo haber sido Dagoberto Vásquez su primera motivación para dibujar cuando niña? ¿Le quitaría esto mérito a su creación? Pienso que no. Para verter más ideas al mar de las posibilidades, Magda Eunice pertenecía a una generación que intencionalmente rechazaba un vínculo con la generación de Vásquez y de allí puede venir esa necesidad

de alejamiento artístico. Claro, de nuevo se parte de una suposición dándole valor a un pensamiento que a más de alguno le ha pasado por la cabeza pero al que no se le ha dado seguimiento. Una buena descripción de la pertenencia que hereda del modernismo rechazado la señala Cabrera cuando apunta que su dibujo–pintura, o viceversa, «es una unidad formal y expresiva» que en los emergentes de los años sesenta redundaría en una «nueva figuración.»

Al ver la obra en su conjunto hay algo que queda claro. Es, entonces, que el espacio es muy importante en toda su producción. Acción que queda ligada a su formación universitaria y ¿por qué no? a la artística. Aunque también no hay que perder de vista la contingencia de un entendimiento superior e intuitivo. Su capacidad con la composición se aúna al especial y expresivo uso de sus recursos técnicos al servicio de sus ideas personales –conscientes o no– expresadas en sus dibujos, acuarelas y pinturas. De allí que la artista, aunque por el tiempo de ejecución le corresponda pertenecer al posmodernismo, luzca como una artifice atemporal difícil de encasillar.

Es Juan B. Juárez quien pareciera entender mejor esa necesidad de fluir a partir del «impulso emotivo» de pintar. Su fuero, me parece intuir en esas letras, surgiría entonces de ese mundo detrás de los párpados que bien podrían ser sueños manifestándose tal y como sucedió en las primeras ideas mágicas expresadas en las pinturas de los *homo sapiens*. De allí que el resto de preferencias temáticas de su tiempo quedaran fuera de su figuración porque sus preocupaciones eran otras ¿Arte ingenuo? No del todo porque dentro de su producción hay una reivindicación armónica de sí misma que se desdobra desde lo más interno de su nervio para manifestar emociones que van más allá de lo *naïf*.

Magda probablemente partió desde la introspección en cuanto a los estados de «observación interior de los propios actos o estado de ánimo o de conciencia» (Diccionario de la Real Academia). Pero para decir tanto, y eso se percibe en el posicionamiento que consiguió a través de su labor, también necesitó ser una comunicadora nata. De allí el alto grado de empatía que sus obras producen a quien las observa. Estas

obras, de alguna forma, reflejan estados de ánimo que provocan respuestas extáticas en cuanto a la necesidad de obtenerlas como uno de sus «objetos del deseo.» La comunicación está asegurada, entonces, dependiendo del grado de familiaridad entre la idea producida y los sentimientos que provoca en el receptor.

Sintética, como apunta Silvia Herrera y Cabrera, sin duda. Luego de meditarlo se puede ver que hay una pasión expresiva que la aúna a la generación del cuarenta pero el tratamiento es diferente y se aleja de los formalismos compositivos de aquella generación. He allí una evolución que la distancia de Dagoberto Vásquez y el resto de modernistas.

Magda, según se entiende a través de los textos, consiguió una impronta que nació y murió con ella ya que no se puede visualizar a ningún otro protagonista que haya hecho eco de sus formas. Desde esta perspectiva ¿será ella una especie de Francisco Tún? ¿Será única? La mística de su trabajo, la personalización de sus propuestas, el encanto personal inflado apunta a ello. De allí que pese a no parecerse a nada en sus momentos emergentes y de mantenerse ajena a los movimientos que se fueron dando, sus obras nunca pasaron a un segundo plano. Su trabajo siempre estuvo y sigue vigente en el escenario de las artes visuales.

Si se ha de criticar algo del libro será que en la página 160 del valioso tomo, se encuentra un listado, incompleto, de sus exposiciones personales. Por alguna razón no incluye su última exhibición, en vida, realizada del 21 de enero al 9 de febrero de 2008, pocas semanas antes de su fallecimiento. Parecerá insignificante reclamar un olvido «sin importancia» pero para esa exposición en la Galería El Ático, Magda tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para completar una colección que apenas ajustó con 12 dibujos porque ya no tenía más fuerzas. Su intención fue la de demostrar que estaba viva a pesar que su cuerpo le estaba fallando porque no aceptó hasta casi el final que se estaba muriendo. No se pudo hacer una retrospectiva porque de su estudio habían salido, según supimos en ese momento los involucrados en la muestra, gran parte de lo poco que

había logrado atesorar con el tiempo. Claro, puede ser que ella en su estado no recordara que tenía embodegadas varias decenas de trabajos que más adelante, luego de fallecida, inundarían el mercado. Todo cabe dentro de lo posible con ella; sin embargo el hecho podría prestarse a suspicacias. Estas nacen cuando en la página nueve del compendio Dante Liano señala que la creadora «regaló obras, perdió otras, se las robaron, algunas.» Como corolario tampoco están registradas el resto de exposiciones individuales que efectuó en esa galería, quedando borradas del historial, por falta de rigor histórico.

Dejando de lado este paréntesis, que como ya señalé no tiene mayor importancia (o sí), hay que apuntar que el cuidado del tomo es un verdadero homenaje a los alcances de la artista. Por un lado los seis distintos puntos de vista coincidiendo en que la base de su producción fue espontánea y genuina viene a subrayar lo que las imágenes incluidas confirman. Segundo el esmero y curaduría en la presentación confirman la importancia que posee para la historia del arte nacional.

Aunque no se puede saber si el diseñador del libro respetó todas las imágenes con sus márgenes y sangrías originales, sin indicar cuando es un fragmento o cuando es una obra completa, el trabajo visual es tan atractivo que hay que dejar esas disquisiciones para los puristas. El regalo que representan a la vista es tan depurado que atrapa y fascina porque en esencia refleja que Magda trabajó hasta agotar ideas que más adelante retomaba de nuevo para plantearlas desde otra perspectiva, plena y nueva.

Entre los muchos valores que el libro refleja sin lugar a dudas reluce que Magda fue una mujer feliz y su producción representa esa tendencia hacia lo positivo. Claro que también hay una distancia entre lo producido entre los años sesenta y lo que realizó hasta en el 2008. Sin embargo la linealidad es constante en la depuración ascendente de sus imágenes y no hay baches que puedan hacer pensar que hubiera perdido el rumbo en el camino.

Las láminas hacen evidente una femineidad trascendente. Es obra definitivamente realizada por una profesional de rango. También ponen de manifiesto esos vacíos íntimos que ni galeristas y parece que también ni los amigos, pudimos entender. Entre las páginas 45 y 49, por ejemplo, hay una serie de dibujos que bien pudieron ser ilustraciones para tarjetas ¿navideñas? o del ¿día de la madre? Tipo de trabajos que fueron tan populares entre muchos pintores del siglo pasado. En todo caso las imágenes reflejan una ternura maternal significativa que la acerca con esos sentimientos que no pudo experimentar.

Esta artista autodidacta también deja evidencia que, más allá de su gestualidad y la espontaneidad de su trabajo, supo encontrar formas de expresión a partir del empoderamiento de las técnicas que asumió en el proceso de expresión. Ya dueña de su estilo es entonces en la ejecución que puede entenderse esa pasión íntima con la que se volcó incansablemente.

Su interés personal por lo estético y por quienes también producían arte es también otra constante apreciable en los retratos de músicos y bailarines. Pareciera como si en su inspiración no existiera el sufrimiento si no que los sentimientos sublimes provocados por la armonías exultantes de las artes. En otras palabras, en su yo interior habitaban musas que solo sentían la

belleza. Hasta su Cristo yace crucificado envuelto de una dulzura particular llena de simpatía alejada del dolor. Ni que decir de ese mundo animal que exploró a partir de equinos y felinos.

El libro es un referente que nos permite adentrarnos en su trabajo desde la perspectiva del ojo y la experiencia ajenos. De ella se construye, en retazos y a guisa de expertos, una historia y análisis como memoria para las generaciones futuras. Sin embargo y más allá de las opiniones de los que escribimos, que de alguna u otra manera tuvimos contacto con ella, queda un legado visual concreto que probablemente sea interpretado, más adelante cuando todos nos hayamos ido, desde otro cariz menos personal. Solo desde allí y con una nueva generación de analistas, la obra de Magda Eunice Sánchez podrá desglosarse de otra forma para dejar en claro cuál fue el aporte de su trabajo a la cultura artística de su tiempo.

Luego de releer el documento y volverlo a consultar, estoy seguro que algunas de nuestras conclusiones hubieran sido del desagrado de Magda Eunice. Eso, porque varios asumimos algunas cosas que ella hubiera deplorado en vida y que jamás hubiera permitido que se publicaran en su biografía. Aun así el tiempo es inexorable y muchas veces los planes que tenemos en vida varían en nuestra ausencia.

Pese a lo anotado sigo pensando que el libro es uno de los mejores compendios de este tiempo. Esfuerzos como el reseñado no abundan y muy pocos protagonistas cuentan con el rigor de una edición de tal naturaleza. Tanto la fotografía como el cuidado en la impresión sobrepasan con creces la naturaleza de un «coffee table.» La preocupación de integrar textos analíticos de autores como los invitados para, a partir de las distintas opiniones, crear un registro contrastado, dice mucho de la buena intención de los productores del compendio. Con esto, concluyo mis observaciones.

